

Una vocación universal

Fabián Guerrero Obando

El presente número de **La Revista** no es una entrega cualquiera. Recoge la esencia misma de esa necesidad de pensar sobre la Universidad. El resultado es una extraña y lúcida mezcla que va del amor a la denuncia, de la remembranza intelectual a la remembranza personal, de la crítica aguda al homenaje secreto.

José Luis Villacañas, Rommel Hernández, Carlos Fernández, Luis Alegre, Oscar Llerena, Fernando López Milán, Carlos Celi, Milton Luna, Monserrat Fernández y Álvaro Cuadra son universitarios que no se conforman con las livianas frases puestas de moda o con el facilismo de la palabra intrascendente que predomina. Sus reflexiones van más allá. Indagan en lo profundo de la Universidad y en su proyección sobre el devenir de esa Universidad. Es, ante todo, el registro profundo y brillante de una Universidad que no ha dejado de ser nada distinto al oleaje continuo entre la utopía y el fracaso.

Una de las constantes que ha acompañado a la Universidad en su larga travesía histórica, y que quizá forma parte de su esencia, es la pregunta por su función en la sociedad. Pregunta que, unas veces, le es formulada desde fuera y que en ocasiones surge de su propio quehacer, como en el presente caso.

El espíritu de la Universidad debe mantenerse vivo y reflejar su época. Eso está claro. Debe ser plural, por ejemplo, promover la libertad de pensamiento, dotar al estudiante del equipaje intelectual que necesite para reflexionar en libertad y llegar a sus propias conclusiones.

Adorno dijo que la Filosofía es preguntarnos no tanto por lo que tenemos, sino por aquello que nos falta. Eso mismo debe hacer la Universidad: incitarnos a no conformarnos, a buscar siempre lo mejor. Porque es cierto que los estudiantes van a la Universidad a aprender una serie de saberes propios de su oficio,

pero también a hablar con esa voz que solo a ellos les pertenece y que hay que saber escuchar.

Así pues, preguntarse por la función es preguntarse de dónde viene la Universidad, qué es y hacia dónde se dirige. Se trata del modo particular de ser de nuestra Universidad. Se trata de identificar lo que somos, aunque quizá no de definirlo. A la Universidad no le pueden fijar límites estrechos, fronteras inexpugnables que así como aprisionan, expulsan. La función sí propone una historia a relatar, una misión que abrazar y una realidad humana y natural de la cual nos sentimos voluntariamente parte, pertenecemos a ella.

La función de la Universidad no debiera ser solo discurso ni una esencia fijada por una tradición inmodificable. La función de la Universidad y su historia deben estar en permanente construcción y reconstrucción. El espíritu de la presente entrega apunta en esa dirección. Ese discurso público y que se da en el aula académica, aspiramos que se exprese y se haga carne en prácticas y significados sedimentarios en nuestra vida diaria.

Esperamos que este número despeje la vista de los que quieren ver. Que oriente sus ojos, perdidos muchas veces por ídolos del utilitarismo o de la lógica del beneficio, hacia la autonomía intelectual y personal, en cuyo centro tiene lugar lo más determinante de la aventura humana.

Cerramos este número con dos textos adicionales. El primero, recoge una de las últimas entrevistas concedidas por el escritor Jorge Velasco Mackenzie; el segundo, Eliécer Cárdenas, el narrador sin tregua, escrito por Carlos Vásconez.

Contra el entretenimiento fácil y el rápido olvido, les invitamos a leer la obra de los escritores que acaban de partir. Porque leerlos quizá sea la mejor forma de mostrarles nuestro reconocimiento y acaso la gratitud que se merecen.

Su legado está en los demás, en los que los han leído. Porque la lectura de Literatura es un principio de libertad.

Y la Universidad es, por principio, el sentido de la apertura. Literalmente tiene una vocación universal. Allí arraigan, se encuentran las distintas regiones del conocimiento. Y la literatura es la que proporciona el disfrute de ese saber.